



Capítulo 1

Playa Podrida

Era un pueblo muy pequeño de pescadores y se llamaba Playa Podrida.

De acuerdo, no es el nombre más bonito que le puedes poner a un pueblo. Seguramente no te haría mucha gracia que el tuyo se llamara así. O tu ciudad.

Que te preguntaran: «Oye, ¿y tú de dónde eres?». Y que tuvieras que responder: «De Playa Podrida».

A lo mejor ni siquiera crees que un lugar así exista realmente.

Desde luego, si buscas Playa Podrida en un mapa, no lo vas a encontrar.

Los cartógrafos son las personas que se dedican a hacer mapas. Tienen muchas montañas que dibujar, miles de ríos, cientos de bosques. ¿Por qué iban a molestarse en añadir un pueblito tan pequeño, un puntito apenas, con un nombre tan desagradable además?

Seamos serios. ¿Quién iba a echar de menos Playa Podrida? ¿Quién iba a buscarlo en ningún mapa? ¿Quién fantasearía con viajar hasta allí? ¿Para ver qué? ¿Algas podridas? ¿Pescado podrido? Peor aún, ¿gente podrida? No, gracias. A nadie le

interesa irse de vacaciones a lugares a comer cosas podridas o a conocer gente podrida.

También hay que reconocer que, si tuvieras un día tonto y te empeñaras en ver cómo es Playa Podrida, el viaje no sería nada fácil. Tendrías que olvidarte de llegar en vehículo, en tren o en avión. El pueblo estaba bien escondido. Detrás de él se alzaba una montaña tan alta que casi rozaba las nubes. Para cruzarla, había que recorrer un camino lleno de rocas traicioneras. Un mal paso y te caías por un barranco. Solo se atrevían a subir o bajar por aquel sendero las cabras o los alpinistas profesionales.

Entre la montaña y el mar había un río, un poco de selva, casas y una playa. Playa

Podrida. Eso es.

Si ya era difícil llegar por tierra, por mar era mucho peor. Bajo las aguas que bañaban el pueblo, se escondía un laberinto de piedras tan afiladas como los colmillos de un tiburón. Solo con que rozaras una, tu barco crujía como una nuez aplastada por un cascanueces y te hundías hasta el fondo del mar. Los marineros, después de muchos naufragios, habían aprendido la lección y ya no se acercaban a aquellas malditas rocas. Solo los pescadores de Playa Podrida sabían de memoria dónde estaba cada piedra y podían navegar entre ellas tranquilamente, incluso con los ojos cerrados.

A los habitantes de Playa Podrida no les importaba que nadie quisiera visitarlos ni

por mar ni atravesando las montañas. No se lo tomaban a mal. No les gustaban los turistas en realidad. ¿A quién le gustan? Ellos sabían que en su pueblo no había algas podridas. Ni pescado podrido. Y, mucho menos, gente podrida. Eso que quede muy claro.

Si los extraños no querían visitar su pueblo, ellos tampoco querían salir de él. ¿Para qué? El resto del mundo no les despertaba ningún interés. De hecho, estaban convencidos de que vivían en el lugar más hermoso del planeta. ¿Cómo podían saberlo si nunca habían viajado a otro sitio? ¿Con qué iban a comparar? Bueno, en Playa Podrida eran poco curiosos, la verdad. Tenían una playa estupenda, con

una arena tan fina como granos de sal. Disfrutaban del sol casi todos los días del año. El mar les entregaba un marisco riquísimo, merluzas y atunes hermosísimos, y las plantas tropicales les daban toda la fruta que se puede comer sin que te duela la barriga.

Si se empeñaban en buscarle defectos al pueblo, terminaban reconociendo solo uno. No lo decían en voz muy alta, pero qué le vamos a hacer; tampoco se podía negar que allí la vida era un poco aburrida. Imagínate ver a la misma gente todos los días. Haciendo las mismas cosas. Quejándose de los mismos problemas. Riéndose de los mismos chistes.

Allí las grandes noticias eran que alguien

había contraído un catarro o se sentía mal del estómago después de comer demasiados cocos. Apasionante, pues.

Entonces, ¿por qué estamos perdiendo tanto tiempo hablando de Playa Podrida? ¿Qué historia se puede contar de un lugar tan aburrido? Una sola, la verdad, pero es bien curiosa. Porque un día ocurrió algo que acabó por completo con la monotonía.

Sucedió hace casi cien años y en el pueblo todavía no consiguieron olvidar lo que pasó.

«¿A qué viene tanto misterio? —te preguntarás—. ¿Qué fue lo que pasó?». Pues que llegaron los magos. Ni más ni menos.

Los primeros en verlos fueron Kimo y Malia, un chico y una chica del pueblo.

Seguramente eran las dos personas que más se aburrían en Playa Podrida. Eran los únicos que soñaban con ver cómo era el mundo más allá de la playa o de las montañas. Querían probar el sabor de otras comidas. Descubrir ropa diferente. Ver caras nuevas. Perderse en un lugar desconocido.

Así que Kimo y Malia siempre andaban buscando algo que hacer. Y, sin duda, el lugar más interesante de toda Playa Podrida eran las Cuevas Submarinas.

Para empezar, estaba prohibido que te acercaras hasta allí. Más que prohibido. Prohibidísimo. Sobre todo si eras muy joven. ¿Por qué? Ya dijimos que la gente de Playa Podrida era poco curiosa y quizá por eso también era muy miedosa.

Todo los asustaba, hasta su sombra podía hacerlo en un mal día. A veces tenían miedo de cosas que podían ver, como un tiburón hambriento. O el fuego que se extiende a toda velocidad por las paredes de una cabaña. O un huracán. Otras tenían miedo de cosas que no podían ver, como el futuro o un dolor de muelas... O, lo peor de todo, un ogro del mar.

Los ogros del mar eran criaturas malignas que vivían en las Cuevas Submarinas. Estaban lejos del pueblo, en uno de los brazos de la montaña que bajaban hasta el mar. Así que, si tú no ibas a molestarlos, los ogros del mar te dejaban tranquilo. Esa era la idea.

Pero no era la idea que tenían Kimo y

Malia. Para nada. La suya era precisamente ir a incordiarlos un poco.

La verdad es que no creían en ellos.

Muy cerca del agua, al pie de la montaña, se abrían bocas oscuras entre las rocas, como si las piedras estuvieran bostezando. Si te metías dentro de una de ellas, entrabas en un laberinto de cuevas. Cruzabas una, dos, tres, cuatro, cinco... hasta que te perdías en lo más profundo. El olor a algas muertas se volvía cada vez más intenso hasta hacerte sentir que te faltaba el aire, que te ahogabas. Había cuevas grandes y pequeñas, conectadas por pasillos estrechos. Unos subían. Otros bajaban. Te hacían girar a la izquierda, otra vez a la izquierda, ahora a la derecha, de nuevo a la

izquierda...

En algunas cuevas, el agua te llegaba por los tobillos. En otras, hasta la barbilla y, como no tuvieras cuidado, podías resbalar y quedar atrapado en una caverna completamente sumergida en el mar. Por eso las llamaban Cuevas Submarinas.

En la oscuridad, brillaban con una luz amarilla, pálida, fantasmal. Decían que esas luces eran los ogros del mar, que vigilaban sin descanso los tesoros enterrados bajo las aguas y la montaña. En realidad, eran algas que emitían luz, como hacen las luciérnagas, las medusas o los peces linterna.

Los más viejos del lugar decían que muchos niños habían entrado en las Cuevas Submarinas y jamás habían regresado. Lo

más probable era que se los hubiesen comido los ogros del mar. No se andaban con bromas cuando alguien los molestaba.

—Como Kala se entere, nos mata —dijo Malia con entusiasmo.

Kala era la abuela de la chica y tampoco se andaba con bromas. Cuando se enojaba, podía dar más miedo que un ogro del mar. Si hubiera sabido que Malia y Kimo querían ir a las Cuevas Submarinas, los hubiera encerrado en el sótano con siete cerrojos. Ella creía en los ogros y no le hacía ninguna gracia que fueran a comerse a su nieta.

—¿Y cómo se va a enterar? —preguntó Kimo, aparentando tranquilidad, aunque la idea le preocupaba un poco—. ¿Quién va a ver que entramos en las cuevas? ¡Si nadie

del pueblo se acerca a ellas!

—A lo mejor nos están siguiendo.

—¿Qué dices? ¡Tonterías! —exclamó Kimo, dándose vuelta y mirando nervioso a todas partes, tratando de distinguir a la abuela de Malia agachada, espiando, escondida detrás de un matorral.

Malia y Kimo no habían ido directos a las cuevas. Por si acaso, habían dado un rodeo. Para disimular. Primero habían paseado hasta el mar y ahora caminaban por la playa, muy cerca del agua para que las olas borrarán las huellas que sus pies iban dejando en la arena húmeda.

Si seguían recorriendo la orilla, terminarían llegando a las cuevas.

Kimo miraba muy atento en todas

direcciones. Hacia la montaña. Hacia el camino que llevaba al pueblo. Hacia el mar... Por eso fue el primero en darse cuenta de que algo extraordinario estaba sucediendo en el agua.

—¡Mira! —exclamó, dándole un codazo a Malia y señalando con el dedo para llamar su atención.

Ella se dio vuelta. A unos cien pasos de distancia, el mar se estaba comportando de forma extraña. El agua había cambiado de color, se había vuelto levemente anaranjada y se estaba llenando de burbujas.

Kimo y Malia lo observaron con los ojos abiertos completamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Kimo.

—No tengo ni idea.

—¿Tú crees que puede ser peligroso?

—¡Eso espero! —exclamó Malia mientras daba un par de pasos para acercarse y ver mejor.

Kimo la agarró del brazo, intentando detenerla.

—¿Qué haces? ¡Ni se te ocurra! ¿Y si es un tiburón?

Malia se soltó el brazo sin apartar la vista de las burbujas, que cada vez surgían del agua con más fuerza.

—Naaah. —Negó con la cabeza—. Eso no es un tiburón.

—Da igual. No tiene buena pinta. Puede ser algo mucho peor. Vamos a alejarnos un poco por si acaso. Anda...

Malia no dio un paso atrás, pero al menos

dejó de avanzar y se quedó quieta, mirando fijamente.

Las burbujas brotaban como si el agua estuviera hirviendo y también se movían, dejando una estela que se iba acercando a la orilla.

Cuando estaban a punto de rozar la arena de la playa, se transformaron en un surtidor de espuma del que surgieron dos figuras que llamaban francamente la atención.

No eran tiburones. Ni siquiera peces. Pero tampoco eran exactamente personas. Podría decirse que tenían un poco de pez y un mucho de persona. Tenían piernas, por ejemplo, con las que caminaban, y brazos cubiertos de escamas.

Sin embargo, no tenían cabello, sino una

larga melena de algas que les llegaba hasta los hombros. Sus narices eran casi planas, como si se hubieran aplastado al chocar contra una pared. Tenían los labios gruesos, hinchados. Los ojos eran enormes. Parecían dos invitados a una fiesta de disfraces con la cara cubierta con una máscara de besugo. O de merluza.

Solo que en Playa Podrida nadie organizaba fiestas de disfraces y aquellas criaturas no llevaban máscaras. Sus caras eran así. Una de ellas era muy alta. La otra, muy baja.

«¿Serán los famosos ogros del mar?», se preguntó Kimo con un escalofrío.

Los extraños caminaron con rapidez y firmeza sin apartar la vista del frente. En

ningún momento giraron la cabeza o miraron a los lados, así que no vieron ni a Malia ni a Kimo. Después de dejar que se alejaran un centenar de pasos, Kimo susurró:

—Parece que van al pueblo.

—¡Sigámoslos!

—¿En serio? ¿Te volviste loca? ¿Y si nos ven?

Malia se encogió de hombros con una expresión que quería decir: «Pues, si nos ven, nos ven. Qué le vamos a hacer». Algo increíble estaba a punto de suceder y ella no pensaba perderse por nada del mundo la cara que iban a poner sus vecinos cuando vieran a los ogros del mar.

En esos momentos los habitantes de

Playa Podrida se habían reunido en La Sardina Ahumada, la única taberna que había en el pueblo. A un kilómetro de distancia se podían oír sus risas, las voces que daban, los golpes que pegaban sobre las mesas...

La estaban pasando en grande discutiendo los últimos preparativos para el certamen que se iba a celebrar al día siguiente, durante la Gran Fiesta del Monstruo Marino. Era un concurso de cocina que premiaría el mejor pastel de escarabajos dulces y algas. ¿No te entran ganas de probarlo? Bueno, en Playa Podrida no había chocolate. Tampoco fresas ni vainilla. Hacían pasteles con lo que tenían a mano.

De pronto, se abrió la puerta de La Sardina Ahumada y dos siluetas se recortaron en el umbral. Una de ellas era muy alta. La otra, muy baja. Un fuerte olor a algas muertas invadió la taberna y la gente se calló. Cesaron las risas y los golpes en las mesas. Fue entonces cuando los ogros del mar hicieron su primer prodigio.

Y ahora tú decides...

¿Qué hacen los ogros del mar?

A) Transforman al pescador más viejo del pueblo en un pez globo

B) Convierten la melena de la cocinera en un montón de serpientes marinas

C) Convierten el brazo izquierdo del dueño de la taberna en una enorme pinza de cangrejo

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © David Blanco Laserna 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 2

Si puedes evitarlo, ¡no te rías de un ogro del mar!

Seguro que estás deseando saber qué ocurrió en La Sardina Ahumada. ¿Qué vieron los vecinos de Playa Podrida cuando se abrió la puerta de la taberna? ¿Por qué se callaron todos? ¿Vieron realmente a unos ogros del mar? ¿Tenían poderes mágicos? ¿Qué es eso de que hicieron un prodigio?

Vaya, son muchas preguntas, pero te

prometo que, antes de terminar el capítulo, las responderé todas.

¿Y por qué no ahora?

Bueno, no es que quiera hacerme el interesante. Es que antes quiero contarte qué hicieron Malia y Kimo, que, después de todo, son nuestros protagonistas. ¿Recuerdas dónde los habíamos dejado? Exacto. Estaban siguiendo a las extrañas criaturas que habían salido del mar.

Caminaban detrás de ellas con mucho cuidado de no hacer ruido.

Seguir a alguien sin que se dé cuenta no es nada fácil.

A medio camino del pueblo, cuando ya se empezaban a ver a lo lejos las primeras casas de Playa Podrida, los dos extraños con

cara de pez se detuvieron. Lo hicieron de pronto, sin avisar. Como si fueran dos juguetes que se hubieran quedado sin baterías.

Malia y Kimo, que iban detrás, también se pararon, claro.

Kimo miró a su alrededor, sorprendido. Estaban en un lugar que no invitaba a pararse, la verdad. No había ningún paisaje bonito que admirar. No había un río en el que bañarse. El mar quedaba ya muy lejos...

Y tampoco habían llegado a una pastelería, un cine o un centro comercial. Más que nada porque en Playa Podrida no había pastelerías ni cines ni centros comerciales.

Allí no había más que rocas, que parecían

haber venido rodando desde lo alto de las montañas. Algunas eran pequeñas y podías jugar fútbol con ellas. Otras eran más altas que una jirafa. A esas era mejor no darles ninguna patada.

Bien, aunque aquel fuera el lugar más aburrido del mundo, los dos extraños se habían parado precisamente allí. ¿Por qué? ¿Qué querían? ¿Qué estaban tramando?

Malia y Kimo se miraron. En silencio, se preguntaron: «¿Y ahora qué hacemos?».

Entonces, el más alto de los dos extraños habló, dándoles un buen susto. Su voz era la de un hombre mayor y sonaba fuerte como un trueno:

—¿Qué pasa, Náhika? ¿Por qué nos paramos?

¡Era muy buena pregunta!

«Me leyó la mente», pensó Kimo. Malia y él esperaron la respuesta tan atentos que hubieran podido oír hasta el susurro de una mosca. Así que escucharon perfectamente lo que contestó el más bajo de los dos extraños, Náhika:

—¿No lo notas? —Era la voz de una chica muy joven, quizá tuviera la misma edad que Malia—. Te estás haciendo viejo, Makunoa. ¿No tienes la sensación de que alguien nos anda siguiendo?

A Kimo se le heló la sangre. ¿Era su imaginación o los dos extraños se estaban dando vuelta hacia ellos?

Se le iba a escapar un grito cuando Malia lo agarró del brazo y lo empujó detrás de

una roca que era lo bastante alta para ocultarlos.

—No me digas —oyeron la voz de trueno de Makunoa—. ¿Tenemos compañía?

—Echemos un vistazo —contestó la joven Náhika—. ¡No hay nada que odie más que los chismosos! Y no hay nada que me guste más que comérmelos.

Malia y Kimo oyeron pasos que se acercaban hasta su escondite.

—Es por aquí. ¡Fíjate! ¡Cómo huele a chismoso!

—Tienes razón. Es una peste inconfundible.

Malia y Kimo se quedaron bien quietos, con la espalda pegada a la roca que los ocultaba. Por no mover, no movieron ni las

pestañas.

Kimo hasta dejó de respirar.

Los pasos sonaban cada vez más cerca. Un fuerte olor a algas muertas se coló por sus narices. Justo cuando parecía que iban a encontrarlos, los pasos se detuvieron.

Luego se alejaron.

El olor volvió y se fue. Los pasos se acercaron de nuevo. Se alejaron.

Ni Malia ni Kimo llevaban relojes. Esta historia ocurrió hace ya mucho tiempo. Antes de que naciera tu tatarabuela. O tu tatarabuelo. En cualquier caso, mucho antes de que se inventaran los teléfonos celulares. Entonces era difícil calcular con exactitud cuánto tiempo pasaba. ¿Diez minutos? ¿Media hora?

El caso es que se seguían oyendo pasos, pero eran ya muy leves. ¿Los extraños se estarían alejando?

¿O estarían mirando con sus enormes ojos de besugo la piedra detrás de la que se escondían Kimo y Malia?

Esperaron y esperaron hasta que a Malia se le acabó la paciencia. Antes de que Kimo pudiera detenerla, ya había salido de su escondite.

Frente a ella no encontró más que rocas.

Bueno, miento, no estaba sola del todo: había alguien más.

Había dos gaviotas.

Daban los pasos leves que habían seguido escuchando mientras caminaban de un lado a otro, observando muy atentas el suelo a la

caza de gusanos.

—Pero ¿qué...?

Las gaviotas pararon un momento su apasionante búsqueda para fijarse en Kimo y Malia. Algo debieron de ver en la cara de Malia que no les gustó, porque, por si acaso, agitaron las alas y salieron volando. Mientras se alejaban, las gaviotas se despidieron emitiendo unos simpáticos graznidos. Si no eran risas, sonaban igual.

Cuando Kimo y Malia llegaron a Playa Podrida después de mucho correr, no encontraron a nadie en las calles del pueblo.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Kimo.

Había esperado ver a Makunoa y a

Náhika en el centro de la plaza, rodeados por una multitud de curiosos. Había imaginado al viejo Palaoa riéndose de sus caras de pez. Y a Moana criticando sus cabellos verdes de algas. Acostumbrados a que nunca pasara nada, todo el mundo andaría medio loco con la llegada de las criaturas que habían salido del mar.

Pero no se veía un alma en el pueblo. Playa Podrida estaba desierta.

Qué misterioso todo.

En mitad del silencio más absoluto, un golpe sobresaltó a Kimo y a Malia. La puerta de La Sardina Ahumada se había abierto y alguien salía corriendo de la taberna.

—¡La reunión para la Gran Fiesta del Monstruo Marino! —recordó entonces

Malia, golpeándose la frente con la mano—. Ahí es donde está todo el mundo.

Reconocieron sin dificultad a la persona que había salido de la taberna: era Aukai, un pescador. Tenía la piel blanca como la nieve y se le habían puesto de punta todos los pelos de la barba. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que estaba aterrorizado.

El miedo se contagia más rápido que un resfriado. Kimo sintió un escalofrío. La gente de Playa Podrida era muy miedosa, de acuerdo, pero Aukai era una excepción. Era el joven más valiente del pueblo. Cada día se jugaba la vida pescando peces entre los tiburones, muy lejos de la costa. A Kimo no se le ocurría nada en el mundo capaz de

hacerle correr así.

—¡Ey, Aukai! —lo llamó Malia, cruzándose en su camino—. ¿Adónde vas tan deprisa? ¿Dejaste la sartén en el fuego?

Aukai tuvo que pararse para no chocar con ella. Al principio miró a Malia y después a Kimo, como atontado, sin reconocerlos. Cuando vio que eran ellos, comenzó a balbucear.

—Los... los ogros de las cuevas... los ogros de las cuevas... vinieron...

A Malia se le escapó una carcajada.

—Está bien... ¿Los ogros de las cuevas? ¿Qué te pasa, Aukai? ¿Estuviste demasiadas horas al sol?

—¡No! ¡No! ¡No! —insistió él—. ¡Los vi! ¡Los vi con mis propios ojos!

¡Transformaron la melena de Moana en un montón de serpientes marinas!

Era la cocinera de La Sardina Ahumada. Malia y Kimo se miraron.

—¿La melena de Moana? ¿En serpientes marinas? —Malia soltó otra carcajada.

Pero Kimo no se rio. Aukai estaba temblando de los pies a la cabeza y eso no le hacía ninguna gracia.

—¿Adónde vas? —preguntó Kimo, alarmado, al ver que Malia echaba a andar camino de La Sardina Ahumada.

—¡A ver la magia de los ogros! Seguro que son esos dos peces tan lindos a los que estábamos siguiendo. ¿Es que te lo quieres perder?

—¡Por supuesto que me lo quiero perder!

—Allá tú —contestó Malia, dirigiéndose con paso decidido hacia la taberna.

—¡Malia! ¿Y si transforman tu cabello en serpientes? —exclamó Kimo, angustiado.

—¿Tú también pasaste demasiadas horas al sol? —se burló Malia—. Si lo hacen, pues mejor. Así no tendré que peinarme nunca más. Lo odio.

Antes de que Kimo pudiera evitarlo, Malia ya había entrado en La Sardina Ahumada. El chico dio media vuelta y buscó a Aukai con la mirada. El joven pescador había echado a correr otra vez y apenas era ya un puntito en la distancia.

Kimo suspiró profundamente y siguió a Malia al interior de la taberna.

Nada más entrar, notó un fuerte olor a

algas muertas. La Sardina Ahumada estaba llena de gente, pero nadie decía ni media palabra. Todos los ojos estaban fijos en el viejo Makunoa, alto como un poste, y en la joven Náhika, que apenas le llegaba a la cintura.

Allí estaban los dos extraños, con sus caras de pez y su piel cubierta de escamas. Se habían subido a una de las mesas, plantando los pies entre los vasos y los platos de comida.

—¡Huelen peor que un boquerón encerrado tres meses en un armario! —exclamó Malia, tapándose la nariz—. ¿Qué les pasa? ¿Le tienen alergia al jabón?

Todos los ojos se clavaron en ella. Los de los vecinos de Playa Podrida expresaban

auténtico terror por lo que acababa de decir. Los de Makunoa y Náhika, grandes como pelotas de pimpón, expresaban furia.

Entre unas cosas y otras, a nadie le había hecho gracia el comentario de Malia.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Náhika mientras sus cabellos de alga temblaban de rabia—. ¿Cómo te atreves a...?

—¿Y quiénes son ustedes, cara de atún? —la interrumpió Malia—. Hasta las moscas salen corriendo al verles. ¡Tremenda peste que sueltan!

Antes de que pudiera seguir hablando, una de las tías de Malia, Pua, se había acercado corriendo hasta ella y le había tapado la boca con una mano temblorosa.

—No... no le hagan caso —dijo con una

sonrisa angustiada—. Malia se pasa el día así, gastando bromas. Es verdad que no tienen mucha gracia, pero no lo hace con mala intención.

Malia fue a contestar indignada, pero solo se escucharon unos gruñidos ininteligibles porque su tía mantuvo la mano firmemente en su lugar, cerrándole la boca, mientras que con el otro brazo la agarraba bien de los hombros para que no se le escapara.

—Ah, ¿sí? Pues a mí también me gusta mucho gastar bromas —contestó Náhika con una voz de serpiente. Sus labios, que eran increíblemente gordos, se torcieron en una sonrisa maligna—. ¡Vamos a ver si las moscas también huyen de ella después de

que la convierta en una montaña de estiércol!

Dirigió una mirada terrible a Malia y levantó los brazos. Sus manos comenzaron a hacer gestos francamente extraños, como si le estuviera haciendo cosquillas a una persona invisible.

—Noa, noa, Makunoa... —dijo con voz amenazadora—. Ika, ika, Náhika...

La escena podía parecer un poco ridícula, está bien, pero nadie se rio. Alrededor de Náhika todos los habitantes del pueblo se encogieron, como si sus palabras fueran golpes que pudieran hacerles daño.

—Noa, noa...

Makunoa levantó entonces una de sus manos, larga y huesuda, e interrumpió a su

compañera.

—Basta —dijo—. No es necesario.

Náhika se calló al instante.

Un suspiro de alivio escapó de las gargantas de todos los vecinos del pueblo.

Makunoa observó a su público con una curiosa mezcla de desprecio y satisfacción.

—Ya vieron lo que les puede pasar si no obedecen nuestras órdenes.

Kimo miró en la dirección en la que señalaba su dedo y distinguió a Moana, la cocinera de La Sardina Ahumada. Estaba en la otra punta de la taberna, apartada en un rincón, y olía tan mal como los ogros. Tenía la cara verde y cubierta de escamas. En su cabeza, se agitaba un puñado de serpientes.

—Pero ¿cómo? —susurró Kimo, aterrado.

—Nos instalaremos con nuestros antepasados en las Cuevas Submarinas —siguió hablando Makunoa—. Esta noche tráigannos para cenar la mejor comida que sepan cocinar. Mañana, en la Gran Fiesta del Monstruo Marino, volveremos a vernos.

—Será una fiesta que nunca olvidarán —prometió Náhika con su sonrisa maligna.

Makunoa miró uno a uno a todos los vecinos del pueblo.

—Que no falte ni uno solo de ustedes —dijo.

Y ahora tú decides...

¿Qué harán los ogros del mar en la Gran Fiesta del Monstruo Marino?

A) Robarán toda la fuerza al joven más fuerte del pueblo

B) Harán que toda la comida preparada para la fiesta sepa a rayos

C) Organizarán un espectacular karaoke con peces que cantan

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © David Blanco Laserna 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 3

Una fiesta en la que nadie se divierte

Solo después de que los terribles ogros del mar se marcharan de La Sardina Ahumada, se atrevió Pua a soltar a su sobrina. Entonces Malia se desahogó diciendo todas las cosas que le hubiera gustado decirles a Makunoa y a Náhika.

Eran muchas, todas ellas bastante llamativas, la verdad, pero nadie le hizo demasiado caso. Los vecinos del pueblo se

habían quedado medio atontados y no podían apartar los ojos de Moana, la cocinera de la taberna. Seguía en un rincón, con su hermosa melena convertida en un montón de serpientes, y nadie se atrevía a acercarse a ella.

Aquella noche fue difícil. A todos los playapodrinós —que así se llamaban los habitantes de Playa Podrida— les costó dormirse. Cuando por fin lo consiguieron después de dar mil vueltas en la cama, soñaron que unas extrañas criaturas los perseguían. Tenían cara de besugo y la piel cubierta de escamas.

Mientras tanto, en las Cuevas Submarinas, Makunoa y Náhika dormían como bebés.

La Gran Fiesta del Monstruo Marino era el acontecimiento más importante del año en Playa Podrida. Los playapodrininos salían en cuanto amanecía y corrían a la plaza, deseando que empezara la diversión.

Aquel año, cerca ya del mediodía, nadie había salido todavía a la calle. Y así habrían seguido, bien encerraditos en sus casas, si no hubieran recordado las palabras de Makunoo: «Que no falte ni uno solo de ustedes».

A la una el sonido de una extraña trompeta sobresaltó a todo el mundo. Hasta las gaviotas se asustaron y se olvidaron de mover las alas durante unos segundos. A punto estuvieron de caerse al suelo.

Los vecinos de Playa Podrida

entendieron de inmediato lo que significaba aquel sonido tan desagradable: los ogros los estaban llamando para que fueran a la plaza.

Una a una se fueron abriendo las puertas de las casas y los playapodrininos asomaron la nariz tímidamente. La trompeta volvió a sonar con impaciencia tres veces seguidas. Todos dieron un brinco y salieron.

Eso sí, caminaban con mucha lentitud, dando pasitos muy cortos. Parecía que estaban jugando a ver quién iba más despacio. El que perdiera llegaría primero a la plaza. Y sería el primero en enfrentarse a los ogros.

Las calles del pueblo estaban decoradas con lamparitas de papel y banderitas de colores. Era un escenario de lo más alegre,

pero los vecinos de Playa Podrida tenían cara de dirigirse a un funeral.

Malia caminaba al lado de su abuela Kala.

—Ogros marinos... en la Gran Fiesta del Monstruo Marino... —gruñó la anciana—. ¿Qué puede salir mal?

—Nada va a salir mal, abuela —le dijo Malia—. Tú tranquila. ¡No pueden hacerte nada! Son gente como tú y como yo.

—Como tú y como yo no. ¿No decías que olían terriblemente y que tenían cara de besugo?

Kala no había visto todavía a los ogros. No había ido a La Sardina Ahumada el día anterior porque se había quedado en casa ensayando la danza de Tesro. Era uno de los momentos más importantes de la Gran

Fiesta del Monstruo Marino. Con ese baile, los playapodrinós le pedían al mar que se portara bien con ellos, que no hundiera sus embarcaciones y que les dejara pescar muchos peces.

Kala bailaba la danza de Tesro todos los años a pesar de que ya pasaba de los setenta y las rodillas le fallaban a veces. Por eso llevaba un precioso traje ceremonial con plumas de pájaro de fuego, un gorro dorado y un bonito bastón.

Muchos la consideraban la persona más sabia de Playa Podrida, pero, por muchas cosas que supiera, ella nunca había oído hablar de unos ogros del mar que salieran de las Cuevas Submarinas.

—¿Seguro que no es una broma? Podrían

ser dos graciosos del pueblo disfrazados.

—No creo —comentó Kimo, que en ese momento salía de su casa—. ¿Cómo iban a transformar el cabello de Moana en un montón de serpientes?

—¿Ustedes vieron cómo pasaba eso?

—No —dijo Kimo—, llegamos más tarde.

—Pues entonces no confío. En el pueblo son un poco bobos. Tal vez es una broma de Moana. Tampoco es tan difícil ponerse unas serpientes en la cabeza.

En Playa Podrida solo había una plaza. La plaza. Ahora estaba llena de mesas preparadas para el banquete, cubiertas con manteles de colores.

Mil flores decoraban cada rincón... pero su maravilloso perfume no conseguía tapar

una peculiar peste de fondo.

Una peste que te hacía arrugar la nariz sin querer.

Un olor asfixiante que se te agarraba al fondo de la garganta.

Un olor a algas muertas.

Venía del centro de la plaza. Allí, sobre un soporte de piedra, se veía el ancla de hierro de un barco. Era enorme y estaba oxidada.

Según contaba una leyenda, había pertenecido a la Calavera de Plata, un galeón pirata. Hacía mucho tiempo, había naufragado en Playa Podrida, cargado de tesoros.

El ancla estaba tendida, como si estuviera cansada y se hubiera acostado a

dormir una siesta.

Pero no era eso lo que olía a algas muertas. Eran los dos seres que se habían sentado a su lado. Uno, muy alto y delgado; el otro, bajito. Makunoa y Náhika. Los dos ogros del mar.

Sus ojos terribles observaban atentos cómo iban llegando uno a uno, muy despacio, los playapodrinós. Sonrieron al verlos avanzar con miedo entre las mesas del banquete. Habían venido todos, menos Moana, que se había encerrado en su casa y no quería ver a nadie.

Un anciano con unas maracas, un chico con un tambor y una chica con una flauta se acercaron arrastrando los pies hasta el lugar que debía ocupar la banda de música.

Kala quedó francamente impresionada con los ogros del mar.

—¡Sí que huelen terrible! —le susurró al oído a Malia.

—¡Ya te lo dije!

—Pues se van a tener que quitar de ahí.

—¡Claro! —La cara de Malia se iluminó con una sonrisa—. ¿Quieres que se vayan? Ahora mismo les digo que...

Pua agarró a su sobrina antes de que le diera tiempo a dar ni dos pasos.

—Quieta ahí, tiburón. ¿Adónde vas? —preguntó muy alarmada. Luego miró a Kala—. ¿De dónde quieres que se quiten? ¿Quiénes?

—¡Pues del ancla! ¡Los ogros! —exclamó Kala—. ¿Dónde me viste bailar todos los

años? Alrededor del ancla y encima de ella. Así es como se debe bailar la danza de Tesro. Así la bailaron mi abuela, la abuela de mi abuela y la abuela de la abuela de la...

—Para ya con las abuelas... ¿Estás loca? ¡No se te ocurra decirles nada! —contestó Pua—. ¿Qué prefieres, seguir la tradición de la abuela de tu abuela o que esos monstruos te conviertan en una sardina?

Buena pregunta, ¿verdad?

Kala dudó.

—Pues chica, no sé...

—¿Qué están esperando?

Las palabras de Makunoa las sobresaltaron. Qué voz tan formidable tenía aquel ogro.

—A los músicos los veo —dijo Náhika

con una sonrisa traviesa—, pero a la que no veo por ninguna parte es a la bailarina. ¿Dónde está? ¿No se supone que la fiesta tiene que comenzar con la danza de Tesro?

Kala dio un paso al frente, llena de dudas.

Muy asustados, los músicos empezaron a tocar. La mirada de Makunoa y Náhika se había clavado en ellos. No es fácil tocar cuando dos ogros del mar te están observando fijamente. Al anciano con las maracas, al chico del tambor y a la flautista les temblaban las manos. Fue un milagro que los instrumentos no se les cayeran al suelo.

Casi hubiera sido mejor, porque tocaron mal. Peor que mal. Terrible. Todas las notas

sonaron fuera de lugar.

Kala suspiró. «Tremendo papelón», pensó. Iba a hacer el ridículo más espantoso delante de todo el pueblo. Claro que la gente parecía más pendiente de los ogros que de cualquier cosa que ella pudiera hacer.

Cerró los ojos para concentrarse mejor y empezó a cantar y bailar.

La danza de Tesro se había bailado siempre con la misma serie de movimientos.

Kala estiraba el cuerpo y los brazos, a veces hacia la derecha, a veces hacia la izquierda. A veces hacia adelante, a veces hacia atrás. El problema era que, en algunos momentos, se tenía que acostar encima del ancla. Y estaba ocupada por Makunoa y

Náhika.

Así que tuvo que improvisar un poco sobre la marcha. Cuando le tocaba acostarse en el ancla, movía los brazos en cualquier dirección. La letra de la canción de Tesro era... bueno, cómo decirlo, no era precisamente una maravilla. Vamos a ver qué te parece:

*Cada día echamos las barcas al mar
en Playa Podrida, donde brilla el sol.*

*Hoy veremos quién pesca mejor,
quién pesca peor.*

Peooooooooooooooooor.

Ay, mar, mi mar salado, no seas tacaño.

*Si a ti te sobran los peces, ¿para qué
quieres más?*

Échale una manito al que sale a pescar.

¿Qué más te da? Dale diez peces más.

Diez peces máááááás.

Ay, viento, viento furioso, ¿por qué te enojas?

Empujas mis velas, pero de muy mal humor.

*Si hoy soplas fuerte, me vuelvo a acostar,
si soplas flojito... pues salgo a remar.*

A remaaaaaaaaaaaaaar.

La letra era terrible, de acuerdo, y la música no era mejor, pero es que además los músicos tocaron terriblemente.

Kala estaba nerviosa y desafinó bastante.

Fue una actuación desastrosa.

No obstante, nadie se quejó. Los vecinos de Playa Podrida no atendían al baile ni a la música. No apartaban la vista de los ogros

del mar, temiendo su reacción. Contenían la respiración, esperando que, de un momento a otro, interrumpieran furiosos la actuación. Era imposible que esa música tan mal tocada, esa canción tan mal cantada y esa danza tan mal bailada les gustaran.

Aquello iba a terminar muy mal. ¡Los iban a transformar a todos en cangrejos!

Los ogros, sin embargo, escuchaban muy atentos. No se perdían una sola palabra de la canción ni un solo movimiento de la abuela de Malia. Cuando por fin los músicos dejaron de tocar, Makunoa se levantó. Muy serio, dijo:

—Canta y baila otra vez.

Los playapodrinós se quedaron de piedra.

¿Habían oído bien? ¿Los ogros no habían tenido suficiente con ver aquel espanto una vez? ¿En serio querían repetir?

Kala miró desconcertada a Pua y a Malia. Pua se encogió de hombros y la animó con gestos a seguir adelante.

Los músicos ya estaban tocando y Kala se apresuró a seguirlos.

Lo hicieron tan mal como la primera vez. Kala cantó un poco mejor, pero bailó peor. Tenía setenta años y le pesaban.

Makunoa y Náhika parecían hipnotizados con su baile. La hicieron repetirlo hasta cinco veces más. Los músicos sudaban a chorros. La pobre Kala ya no atinaba con los movimientos.

Cuando se dieron cuenta de que la pobre

mujer estaba a punto de desmayarse, Makunoa y Náhika dieron la orden de que se iniciara el banquete. Parecían de muy buen humor.

Cuando veas que un ogro del mar está de mal humor, ten mucho cuidado.

Cuando veas que está de buen humor, ten más cuidado todavía.

Náhika tenía unas ganas locas de divertirse. No se le ocurrió nada más gracioso que usar sus poderes para estropear toda la comida que habían preparado para la fiesta. Cuando los pobres playapodrinós fueron a comer pensando que, a pesar de los disgustos, iban a disfrutar de un espléndido banquete, se encontraron con que todo sabía a una

mezcla de vómito, cloaca y cebollas podridas.

Náhika se retorció de risa viendo las caras que ponían al morder con ganas los pastelitos de algas y escarabajos dulces.

En pocas palabras, la fiesta fue una auténtica pesadilla.

Todo el mundo estaba espantado, pero qué le vamos a hacer; así es como se divierten los ogros del mar. Y si algo comprendieron pronto los habitantes de Playa Podrida fue que Makunoa y Náhika habían llegado al pueblo con la intención de divertirse. A su costa.

Y ahora tú decides...

¿Cómo termina la peor Gran Fiesta del Monstruo Marino que se recuerda en Playa Podrida?

A) Makunoa y Náhika se empeñan en bailar su propia versión de la danza de Tesro

B) Los ogros preparan un espectáculo de fuegos artificiales con bombas fétidas

C) Organizan un penoso concurso de eructos

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © David Blanco Laserna 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 4

El secreto de la danza de los ogros

Después de estropear toda la comida del banquete, Makunoa y Náhika debían de pensar que todavía no habían hecho lo suficiente por arruinar la Gran Fiesta del Monstruo Marino. Así que no se les ocurrió nada mejor que ponerse ellos mismos a bailar la danza de Tesro.

Los músicos tuvieron que salir a escena de nuevo, temblorosos, y volver a tocar el

tambor, agitar las maracas y soplar la flauta. Los ogros no paraban de preguntarle a Kala si hacían bien los pasos o si se equivocaban con la letra. La abuela de Malia estaba tan agotada que decía a todo que sí, que lo estaban haciendo fenomenal. Era mentira, claro.

Por fin llegó el momento en que Makunoa, que no era tan viejo como Kala, pero casi casi, abrió la boca y dejó escapar un bostezo espectacular. Era la señal de que los ogros daban por terminada la fiesta. Los playapodrinós suspiraron aliviados y salieron corriendo a esconderse en sus casas.

Aquella noche los vecinos del pueblo durmieron casi peor que la anterior. En sus

pesadillas bailaban la danza de Tesro una y otra vez. Todos tenían caras de besugo.

Fue la primera vez que algún playapodrino pensó en escalar las montañas o echarse al mar en una embarcación y marcharse del pueblo para no regresar jamás.

* * *

A primera hora de la mañana, Kimo se acercó a casa de Malia para ver qué tal estaba su abuela. No la encontró en su mejor momento, la verdad. Todavía no había salido de la cama, agotada por los bailes del día anterior.

—No me puedo ni mover —se quejó—. El año que viene bailas tú, Malia.

—¡Seguro! Mejor que baile Kimo.

Kimo iba a responder cuando la puerta de la casa se abrió de golpe y vieron entrar a Pua. Había venido corriendo y estaba toda colorada.

—¡Kala, los ogros del mar quieren que vayas ahora mismo a la plaza del pueblo! —exclamó—. Tienes que bailar otra vez la danza de Tesro. No sé qué mosca les picó, pero parecen furiosos. Los músicos ya están allí esperándote.

Kala puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez?

—Qué cosa más extraña —dijo Malia, tan sorprendida como los demás—. Ni siquiera cuando cantas bien y los músicos no desafinan ese baile tiene ninguna gracia.

—Sí que es raro —dijo Kimo, pensativo.

—Bueno, ¿qué más da? Se van a quedar con las ganas —gruñó Kala.

—¿Qué dices? —La cara de Pua pasó de colorada a blanca como la nieve—. ¡Ni se te ocurra decirles que no! ¿Tú sabes lo que te podrían hacer?

—Ya, ya... Lo sé. Me convertirán en un lagarto o en una sardina en aceite. Me da igual. Los bailecitos de ayer me dejaron destrozada. No puedo ni salir de la cama.

—¿En serio? ¿No te puedes mover? —preguntó Pua, llevándose las manos a la cabeza.

—Me duelen hasta los pelos de la nariz. No te digo más. Ni aunque estuviera ardiendo la casa me podría levantar.

—Madre mía, madre mía... Qué desgracia. Pues ya pueden ir pensando algo. —Pua señaló con el dedo a Kala, a Malia y a Kimo—. Yo me regreso a la plaza para intentar ganar un poco de tiempo, ¡pero tu respuesta no les va a gustar nada! Y van a venir a buscarte.

Cuando Pua se marchó, Malia se dio vuelta hacia su abuela.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

La abuela se encogió de hombros.

—Yo no puedo hacer nada. Que me dejen tranquila o que me saquen a rastras.

Kimo, que había permanecido muy callado, habló entonces:

—A mí se me está ocurriendo una idea.

—Pues va a tener que ser genial —dijo

Malia.

—Bueno, no sé, a ver qué les parece. Podemos tomar el traje ceremonial de Kala, con sus plumas, su gorro, su bastón y todo. Luego lo rellenamos con ropa y almohadas... y hacemos un muñeco grande con él. Entonces, me lo pongo en la espalda para que parezca que estoy cargando con tu abuela y me quedo ahí, plantado en la entrada. Cuando vea que la gente viene a buscar a Kala, echo a correr como una liebre. Si no están muy cerca, no se darán cuenta de que es un muñeco. Pensarán que trato de escapar con tu abuela y saldrán detrás de mí. Así las dejarán tranquilas.

Malia miró primero a Kimo y después a su abuela.

—No sé... —dijo Kala, dudando.

—¿Cómo que no sabes? ¡Es la idea más ridícula que oí nunca! —dijo Malia.

—Gracias. —Kimo se encogió de hombros—. ¿Se les ocurre algo mejor?

Malia y Kala estuvieron pensando durante un minuto con todas sus fuerzas.

—¡No! —gruñó al fin Malia, dándose por vencida—. Mis ideas son peores todavía.

—¡Pues entonces manos a la obra!

Kimo y Malia hicieron el muñeco con la ropa ceremonial de Kala. Visto de cerca, resultaba bastante descuidado, todo hay que decirlo. Pero quizá lograra el engaño si lo veían desde lejos.

—Aunque funcione y salgan corriendo detrás de mí, es muy probable que alguno

desconfíe y quiera entrar en la casa. Así que, Malia, tú métete en la cama y acuéstate encima de tu abuela. Y tápala con las mantas cuando lleguen. —Kimo se dio vuelta hacia la ventana—. Oigo voces. ¡Ya vienen!

—¡Nos vemos luego en la entrada de las cuevas! —le dijo Malia justo antes de que el joven saliera por la puerta cargado con el muñeco de Kala.

Sin que su abuela tuviera tiempo de protestar, se acostó encima de ella y las cubrió a las dos con las mantas.

—Si entra alguien, tú no digas nada.

No tardaron en oír pasos que se acercaban corriendo. La puerta se abrió y vieron cómo se asomaban un montón de

caras. Ninguna sonreía. Malia las miró desafiante, con los brazos cruzados.

—Vamos, vamos... No se queden ahí parados. Vamos, entren y registren toda la casa...

La mayoría no quiso entrar porque ya habían visto a Kimo con la falsa abuela en la espalda y salieron corriendo detrás de él. Solo se quedaron dos o tres desconfiados.

—¡Ey, no olviden ningún lugar! Miren bien debajo de la cama —les decía Malia, burlándose de ellos—. ¡Y dentro de los armarios! ¿No quieren registrar también los cajones de la cocina? A lo mejor mi abuela se escondió dentro de una olla.

Los desconfiados echaron un vistazo rápido a las habitaciones y, molestos por las

burlas, se terminaron marchando.

Malia dejó pasar un minuto para asegurarse de que no llegaba nadie más. Entonces abrió mucho los ojos con incredulidad.

—Pues funcionó.

—Me alegro infinito —gruñó Kala, medio asfixiada—. Ahora, ¿te puedes quitar de encima?

Malia salió de la cama de un salto.

—¡Perdona! Kimo es un genio.

—Tampoco exageres. Esperemos que no lo agarren.

—Mmm... Corre bastante.

—Como me estropee el traje ceremonial, sí que va a tener que correr.

* * *

Pasadas unas horas en las que Malia espantó a todos los playapodrinós que se acercaban a la casa, salió por fin a buscar a Kimo. Llevaba un buen rato dando vueltas cerca de la entrada de las cuevas cuando oyó por fin su voz:

—¡Ey! ¡Estoy aquí!

Se dio vuelta y vio salir a Kimo de detrás de unas rocas. Seguía cargando a la espalda con el muñeco de Kala.

Malia lo saludó con una enorme sonrisa.

—¡Sabía que no te alcanzarían!

—¿En serio? Pues yo no lo tenía tan claro. Ese Aukai corre como un galgo, ¿sabes? Además, ¿no te parecía la idea más

ridícula del mundo?

—Y lo sigo pensando. Lo que no sabía era que la gente de este pueblo fuese tan boba. Ahora estoy segura de que Moana los engañó con algún truco en la taberna, como decía mi abuela. Cuando nadie miraba, se puso una peluca de serpientes falsas...

—O a lo mejor usó serpientes amaestradas.

—¡También! Puede ser. Lo que es seguro es que está encompinchada con los ogros. Ella es la cocinera de la taberna, ¿no? ¿No fue ella la que preparó la comida del banquete? ¡Qué casualidad que los ogros utilizaran sus poderes para estropearla!

—Pues mira, justo estaba pensando en eso mientras te esperaba. Y creo que ya sé a

qué vinieron los ogros. Que no tienen nada de ogros, por cierto, ni poseen poderes mágicos.

—¡Eso ya te lo dije!

Kimo sonrió.

—Está bien, supongamos por un momento que no son ogros ni magos...

—¡Hecho!

—Entonces solo son dos extraños. Un anciano muy alto y una niña muy maleducada. ¿Por qué vinieron a Playa Podrida? ¿Qué se les perdió aquí? Pues no lo sé exactamente, pero creo que buscan joyas o dinero.

—Pues se lucieron, ¿no? ¿Qué joyas hay en Playa Podrida? Si somos más pobres que las gaviotas.

Kimo sonrió.

—¿Estás segura de que no tenemos ninguna riqueza en el pueblo?

—Pues... sí. Salvo que la sopa de tortuga de mi abuela sea una joya. O que la simpatía de los playapodrinós te parezca un tesoro.

—Mmm... No. No somos tan simpáticos. Las riquezas pueden estar un poco escondidas, ¿de acuerdo? Y pudieron venir aquí hace muchísimos años.

—¿Hace muchísimos años? No te...

Malia tardó unos segundos en entender a qué se estaba refiriendo Kimo.

—No estarás pensando en el tesoro del galeón... ¿La Calavera de Plata? —preguntó al fin. Kimo asintió en silencio—. ¡Pero si eso es un cuento! Nadie lo encontró nunca.

—Está bien. Bueno, hay quien dice que uno de los piratas sobrevivió al naufragio y escondió el tesoro en las Cuevas Submarinas. Y, para que nadie se acercara a buscarlo, se inventó la historia de que allí vivían unos ogros.

—¿Cómo que «hay quien dice»? ¿Quién? Yo es la primera vez que lo oigo.

—Pues adivina. ¡Fue Moana! Se lo oí contar una noche que estuvo muy enferma con fiebre y hablaba en sueños.

—Moana. De acuerdo, pero... —Malia frunció el ceño—. ¿Qué tiene que ver todo eso con la danza de Tesro? ¿Por qué quieren los ogros que mi abuela se pase el día bailando?

—¿Te fijaste en qué sucede si a la palabra

«Tesro» le añades una letra?

—¿Una letra? ¿Cuál? ¿Una *a*? ¿Una *e*?
¿Una *o*? —Malia abrió mucho los ojos de repente—. Una *o*... ¡Tesoro!

—¡Eso es! Así que la danza de Tesro es en realidad...

—¡La danza del tesoro!

—A lo mejor el sol me pegó muy fuerte y no estoy diciendo más que tonterías, pero creo que los movimientos del baile y la letra te dicen dónde está escondido el tesoro de la Calavera de Plata.

—Ah, ¿sí? A ver... *Cada día echamos las barcas al mar en Playa Podrida, donde brilla el sol.* —Malia se puso a cantar en voz baja, no muy convencida—. *Hoy veremos quién pesca mejor, quién pesca peor...*

¡Toda la letra es una estupidez! ¿Dónde se supone que está el tesoro? ¿Donde brilla el sol?

—Bueno, lo que dice da un poco igual. Recuerda que Kala, mientras canta, va estirando el cuerpo y los brazos, a veces hacia la derecha, a veces hacia la izquierda, a veces hacia delante...

Kimo se puso a cantar la primera estrofa, imitando los gestos que hacía la abuela de Malia.

—*Cada día echamos las barcas al mar.*
—Sus brazos apuntaron hacia delante—. Esa es la primera línea. Tiene siete palabras. Siete palabras y un gesto hacia delante significa que hay que entrar en las cuevas y recorrer siete de ellas en línea recta. Luego

la canción sigue: *En Playa Podrida, donde brilla el sol*. —Mientras cantaba, Kimo volvió a imitar los movimientos de Kala, que ahora apuntaban hacia la derecha—. Otras siete palabras. Es decir, otras siete cuevas, pero ahora hay que atravesarlas después de girar hacia la derecha. Y así con el resto de la canción.

—Está bien, a ver si te entiendo. Entonces hay que recorrer el número de cuevas que indica la letra en la dirección en la que apuntan los brazos. Por eso le hicieron repetir la danza a mi abuela veinte veces. Para asegurarse de que memorizaban bien todos los pasos.

—Eso es lo que creo.

—Pero hay algo que falla en tu teoría. Si

tienes razón...

—... esta noche los ogros tendrían que haber encontrado el tesoro, ¿verdad? — Kimo terminó la frase de Malia—. Sin embargo, no lo hicieron.

—No, no lo hicieron. Por eso esta mañana querían que mi abuela volviera a la plaza. Está bien, pero... ¿qué falló entonces? ¿Por qué no lo encontraron?

Kimo iba a responder, pero se detuvo de pronto.

Algo lo sobresaltó.

No fue un ruido. No fue algo que hubiera visto.

Fue un olor repentino que golpeó su nariz. Un olor apestoso a algas muertas.

Oyeron entonces una voz burlona que

decía:

—Sí, contesta. ¿Por qué no encontramos el tesoro?

Y ahora tú decides...

¿Qué se esconde en lo más profundo de las Cuevas Submarinas de Playa Podrida?

A) El tesoro de la Calavera de Plata

B) Nada. ¡Gran decepción!

C) La guarida de una serpiente marina gigante

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © David Blanco Laserna 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 5

Perdidos en las cuevas

Kimo y Malia se dieron vuelta, sobresaltados. Pensaban que estaban solos, pero de eso nada.

Tenían compañía.

Y no era precisamente buena.

Reconocieron de inmediato a Moana. Parecía un poco avergonzada y no se atrevía a mirarlos a la cara.

En su cabeza lucía una melena

estupenda. ¡Allí no se veía ninguna serpiente!

Moana tampoco estaba sola. A su lado había un hombre mayor muy alto y también una chica bajita de mirada desafiante. Era ella la que acababa de hablar. Y la que volvió a preguntar:

—¿Por qué no hemos encontrado el tesoro?

Kimo y Malia reconocieron al instante la voz de Náhika. Se dieron cuenta entonces de que el viejo y la chica eran los ogros. Pero se habían quitado los disfraces.

Ya no llevaban las largas melenas de algas que les llegaban hasta los hombros. Ya no tenían las narices aplastadas ni los labios hinchados. Eran como los de todo el

mundo. Sus ojos tampoco eran particularmente grandes ni tenían ya cara de besugo.

Lo único que no había cambiado era que seguían oliendo fatal.

—Vaya, se les cayeron las escamas —gruñó Malia.

—¡Magia! —exclamó Náhika con una falsa alegría—. No volveré a repetir la pregunta: ¿por qué no hemos encontrado el tesoro?

Kimo se fijó entonces en que sostenía algo en la mano. Parecía una pistola, pero muy antigua, como la que llevaría un pirata. ¿Sería de juguete?

Aunque sonreía, Náhika sujetaba el pistolón como si fuera un arma terrible,

capaz de desintegrarlos a todos. Además, se le notaban unas ganas locas de disparar.

Si Kimo hubiera sido Malia, habría contestado cualquier barbaridad, ¡ya la conocemos! Sin embargo, como era Kimo, prefirió ir con cuidado. Así que, después de soltar una tos nerviosa, respondió:

—Porque el día de la fiesta se pusieron en el ancla de la plaza.

Makunoa y Náhika arrugaron la nariz.

—¿En el ancla? —preguntó Makunoa con su voz de trueno—. ¿Qué tiene que ver eso?

—Pues tiene mucho que ver —contestó Kimo—. La danza de Tesro se bailó siempre alrededor de ella y, en algunos momentos, hay que acostarse encima.

—Muy bien. ¿Y eso qué más da?

—Bueno, tiene forma de flecha. ¿Se han fijado? Señala siempre hacia algún lado. Cuando cantas acostado encima, eso quiere decir que...

—... ¡hay que recorrer el número de cuevas que indica la letra de la canción en la dirección en la que apunta! —terminó Moana, dando una palmada, como si cayera por fin en la solución de un problema al que llevaba días dándole vueltas.

—Exacto. Pero, como ustedes se sentaron justo en el ancla —siguió Kimo—, la abuela de Malia tuvo que improvisar. En vez de acostarse en ella, apuntaba en la primera dirección que se le ocurría. Por eso...

—... hay indicaciones de la danza del tesoro que seguimos mal —dijo Makunoa.

—Eso es.

—Bueno, más vale tarde que nunca —dijo Náhika—. Ahora ya sabemos cuáles son las instrucciones correctas...

—Eso parece. Qué suerte, ¿no? Pues nada... Enhorabuena —dijo Malia, agarrando a Kimo del brazo—. Los dejamos solos para que disfruten tranquilos de su tesoro. Nosotros nos vamos, que se nos está haciendo un poquito tarde.

Comenzó a caminar, halando de Kimo para que la siguiera.

—¡De eso nada! —Náhika les cortó el paso y volvió a apuntarles con el pistolón. Sonrió con una sonrisa que no expresaba ninguna alegría—. ¿Se van a ir justo cuando empieza lo más divertido?

—Mejor vamos todos juntos a buscar el tesoro —asintió Makunoa—. A ver si lo que dijo el chico es cierto.

Malia miró el pistolón. No parecía muy impresionada. Kimo adivinó lo que estaba pensando su amiga. ¿Debía enfrentarse a Náhika? ¿O era mejor obedecerla, al menos de momento, y descubrir primero si en las cuevas había un tesoro?

Aquello era lo más emocionante que les había pasado nunca en Playa Podrida y Malia se moría de ganas de averiguarlo.

Así que haló de nuevo del brazo de Kimo, pero esta vez lo hizo en dirección a las cuevas.

Cuando llegaron a la entrada de la gruta principal, Makunoa preguntó:

—¿Quién se sabe mejor la letra y los movimientos de la danza de Tesro?

—Malia —respondió Moana de inmediato—. Ha visto a su abuela ensayarla miles de veces.

Makunoa le habló entonces a la chica:

—Pues ve cantando e indicando en qué dirección tenemos que ir. Nosotros te seguimos.

Malia se encogió de hombros y empezó:

—*Cada día echamos las barcas al mar.*

Y levantó el brazo, señalando hacia adelante.

Así atravesaron siete cuevas, una por cada palabra. En la quinta, Kimo y Malia descubrieron un par de camas improvisadas, los disfraces de ogro, restos

de comida, platos sucios, cubiertos, unas antorchas encendidas...

Por lo visto, allí era donde dormían Náhika y Makunoa. Antes de continuar, los falsos ogros tomaron un par de antorchas para iluminar el camino que iban a recorrer en las cuevas más profundas, a las que no llegaba la luz del día.

Malia siguió cantando y apuntando en una u otra dirección.

Completó la primera estrofa y empezó la segunda:

—*Ay, mar, mi mar salado, no seas tacaño.*

Caminaban ya por cavernas profundas.

A Malia y a Náhika se les veía encantadas con la aventura. Makunoa no mostraba ninguna emoción y lo único que parecía

preocuparle era no darse con la cabeza contra el techo al entrar en las cuevas más bajas. Moana y Kimo estaban cada vez más nerviosos. Habían dado ya muchas vueltas y estaban completamente desorientados. Si se perdían, jamás saldrían del laberinto de las Cuevas Submarinas.

Además, a medida que avanzaban, el nivel del agua iba subiendo peligrosamente. Al principio solo habían pisado charcos, pero ahora les llegaba por las rodillas. Por todas partes, en la oscuridad, se escuchaba el susurro del mar, que se filtraba por el techo y goteaba encima de sus cabezas.

Malia terminó la segunda estrofa.

Sin pensarlo dos veces, empezó la tercera. Era la última:

—Ay, viento, viento furioso, ¿por qué te enojas?

Apuntó hacia la derecha. Los demás la siguieron y entraron en la región más profunda de las Cuevas Submarinas, en el corazón mismo de las montañas.

«Que Malia no se equivoque, por favor, que Malia no se equivoque», pensaba Kimo.

El agua, terca, seguía subiendo. Les llegaba ya a la altura del pecho. Cada vez costaba más caminar y avanzaban de una manera muy curiosa, mitad caminando con las piernas, mitad nadando con los brazos.

Todos callaban, dominados por la emoción. Estaban a punto de llegar a la última cueva.

¿Qué sucedería entonces?

¿Descubrirían el tesoro de la Calavera de Plata?

Malia estaba cantando la tercera estrofa...

—Si hoy soplas fuerte, me vuelvo a acostar.

... Cuando ocurrió algo inesperado.

Un chorro de agua que se filtraba por el techo cayó justo encima de Makunoa, dándole una buena ducha.

También apagó la antorcha que llevaba en alto.

Todos se dieron vuelta hacia el anciano, sobresaltados. Malia aprovechó el descuido y empujó con fuerza a Náhika, haciendo que perdiera el equilibrio.

La chica se zambulló en el agua.

Antes de que pudiera levantarse de nuevo, el pistolón y la segunda antorcha ya se habían sumergido.

Las dos antorchas se habían apagado. Kimo, Malia, Moana, Náhika y Makunoa se encontraron completamente a oscuras en lo más profundo de las Cuevas Submarinas.

Kimo creyó que se le paraba el corazón. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico cuando sintió que una mano halaba de él. Era Malia, que los alejaba de los demás.

A continuación, se desató un auténtico caos, la verdad. Se oyeron gritos, voces, amenazas, chapoteos... El eco no ayudaba a entender muy bien qué estaba ocurriendo.

Malia aprovechó la confusión para pasar

a otra caverna. Para cuando Moana, Náhika y Makunoa se calmaron y empezaron a buscar con furia a Kimo y a Malia, los dos se encontraban ya lejos.

Si alguna vez entras en las Cuevas Submarinas de Playa Podrida y pasas unos minutos en la oscuridad, te darás cuenta poco a poco de algo muy curioso.

En realidad, la oscuridad no es completa: el agua desprende un resplandor fantasmal. No es como la luz de una linterna, desde luego. Ni siquiera como la de una vela. Pero, cuando tus ojos se acostumbran, el agua brilla lo suficiente para que veas dónde estás. Para distinguir la cara de la persona que tienes al lado. Para hacerte una idea de si estás en una cueva grande o pequeña.

Ese resplandor fantasmal lo emiten unas algas muy pequeñas que viven en el agua del mar que se filtra dentro de las grutas.

Esa luz bastó para que Malia pudiera orientarse y seguir las instrucciones de la canción de Tesro.

Ya no faltaba mucho, además: estaban a dos líneas del final.

Luego de quedarse sin guía, Moana, Náhika y Makunoa decidieron continuar la búsqueda del tesoro por su cuenta. Al intentar recordar los pasos que habían visto bailar a Kala tantas veces, se hicieron un lío con el ancla. ¿Hacia dónde apuntaba realmente? Porque, si la mirabas de frente, señalaba hacia la izquierda, pero, si te dabas la vuelta y te sentabas encima de ella,

entonces lo hacía a la derecha. Después de mucho discutir, acabaron en mitad de la más oscura de las cuevas, desconcertados.

Lejos de allí, Malia cantaba en voz baja la última línea de la canción.

—*A remaaaaaaaaaaaaaar.*

Estaban a dos cuevas del final.

Después de girar por última vez, descubrieron que la luz se volvía más intensa. Malia apretó con fuerza la mano de Kimo.

A medida que avanzaban, la claridad iba aumentando en el interior de la última cueva. Allí la concentración de algas debía de ser muy grande, porque el agua brillaba como si fuera oro líquido. Era la luz perfecta para iluminar un tesoro.

Y eso era precisamente lo que estaban contemplando Kimo y Malia. Bajo el agua, confundiéndose con el resplandor dorado de las algas, relucía una montaña de joyas y monedas. Kimo y Malia sonrieron al verlas. No por el tesoro, porque en Playa Podrida nadie tenía dinero y las joyas les daban igual. Se sentían felices porque aquella era la mayor aventura que habían vivido nunca.

De todo el tesoro, Kimo solo tomó una moneda de oro para que los playapodrinós creyeran la historia que estaba a punto de contarles.

Como se sabía de memoria la danza de Tesro, Malia no tuvo ningún problema para repetir el camino, pero esta vez al revés. Cuando salieron de las cuevas, ya era de

noche.

Moana, Náhika y Makunoa no tuvieron tanta suerte y necesitaron la ayuda de los playapodrinós para escapar del laberinto. Estaban tan cansados y asustados luego de pasar un día entero allí perdidos, que la buena gente del pueblo los dejó irse sin ningún castigo. Eso sí, les contaron una pequeña mentira para que no se les ocurriera volver: que Malia y Kimo no habían encontrado ningún tesoro. Moana se fue con los falsos ogros. No se atrevía a mirar a la cara a sus antiguos vecinos después de haber ayudado a Náhika y a Makunoa a engañarlos con sus trucos.

Malia y Kimo los vieron irse con un poco de pena, soñando con las maravillas de ese

mundo que quedaba más allá del mar y al otro lado de las montañas.

Y se prometieron que pronto ellos mismos también se irían en busca de nuevos tesoros.

FIN

Copyright del texto © David Blanco Laserna 2026

Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026

Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com